La costurera de los agujeros del cielo

Obra original de Shyvirelle · Versión completa para lectura e impresión

La primera vez que Ada cosió el cielo, lo hizo para impedir que lloviera dentro de una panadería.

El agujero se había abierto al amanecer, justo encima del horno, y por él caía una luz azul que no correspondía a ninguna hora del día. Los panaderos habían probado a poner un toldo, pero la abertura se veía igual desde cualquier lado de la tela. Ada, que reparaba lonas de mercado y velas de barcas, subió al tejado con sus agujas más largas. No sabía qué hilo serviría para una rotura semejante.

Encontró uno en el borde mismo del desgarro: una hebra transparente que parecía esperar a que alguien tirara de ella. Con esa hebra unió los extremos del cielo. La costura quedó firme, pero faltaba el nudo final. Para asegurarlo, la punta del hilo se alargó sola hacia una estrella que aún permanecía visible en el horizonte. La tocó; la estrella se apagó como una lámpara pequeña.

El agujero desapareció. Ada bajó sin cobrar, asustada por lo que había perdido para detener una gotera imposible. Esa noche, un barquero llegó a su taller con el sombrero entre las manos.

—¿Sabe qué ha pasado con la estrella del muelle? —preguntó—. Mi padre me enseñó a buscar la entrada del puerto con ella.

Ada no respondió. En la ventana estaba el punto oscuro donde la había visto la tarde anterior. La costura seguía intacta; el nudo, también. Tiró de un hilo suelto para probar si podía deshacerla y notó que la aguja se detenía contra algo tan firme como la piedra. Ningún remate hecho en el cielo consentía marcha atrás.

Durante semanas ocultó aquella experiencia. Sin embargo, los agujeros aparecieron en otros barrios: uno encima de la fuente, otro junto a la colina de los molinos y un tercero que dejaba ver un amanecer distinto a través de la noche. El concejo de la ciudad de Lumbre oyó hablar de la costurera que había cerrado el primero. La convocaron y le ofrecieron una bolsa de monedas por devolver el firmamento a su antigua apariencia.

—El cielo debe quedar liso —dijo el alcalde, mostrando un dibujo de las roturas—. La gente necesita saber que todo sigue en su lugar.

—No todo seguirá en su lugar —respondió Ada.

Explicó lo de la estrella perdida. Nadie la acusó de mentir, pero varios concejales insistieron en que bastaría elegir puntos de luz poco importantes. El alcalde señaló una estrella tenue junto a una nube.

—Esa no la distingue casi nadie.

Ada pensó en el barquero. Casi nadie no significaba nadie. Aceptó reparar solo el desgarro más peligroso, que se abría sobre un camino estrecho y dejaba caer un frío que agrietaba las piedras. Lo cosió al anochecer. Al llegar al remate, la hebra escogió otra estrella. A la mañana siguiente, una mujer del mercado preguntó por qué ya no se veía la luz que utilizaba para reconocer la casa de su hermana desde lejos.

El concejo pagó la primera parte y le exigió un plazo para los otros agujeros. Ada prometió examinar cada uno antes de volver a coser. Necesitaba saber si había una manera distinta de cerrar sin apagar nada.

Entonces llegó Nara, una astrónoma itinerante que cruzaba pueblos con dos baúles de instrumentos y un cuaderno lleno de rutas. No buscaba estrellas hermosas. Registraba dónde aparecían en distintas estaciones y qué caminos seguían los viajeros al mirarlas. Había oído que en Lumbre faltaban dos puntos del cielo que figuraban en sus dibujos.

—No puedo devolvérselos —dijo Ada cuando Nara llamó a su puerta—. Las puntadas no se deshacen.

—No he venido a pedirte eso. Quiero ver lo que aún está abierto.

Recorrieron las azoteas de la ciudad. Las roturas no parecían heridas desde cerca. Por ellas se veía una profundidad distinta, una claridad suave que a veces dejaba pasar sombras rápidas. Nara tomó notas durante varios amaneceres. Ada la acompañó por los tejados, cargando su costurero mientras los vecinos se quejaban del extraño aspecto del cielo.

En la cuarta mañana descubrieron una bandada que avanzaba desde el sur. Las aves se detuvieron en el aire frente al desgarro más alto, como si una corriente las sostuviera. Luego, una por una, atravesaron la abertura y desaparecieron. No chocaron con nada. Al otro lado podían verse por un instante sus alas, más pequeñas y azules, antes de perderse en la distancia.

—Tal vez sea un paso —dijo Nara—. Uno que no vemos desde el suelo.

—¿Un camino para pájaros?

—No lo sé todavía. He seguido esta bandada durante tres estaciones. Siempre gira hacia este valle y después la pierdo. Ahora entiendo dónde deja de verse.

Nara no llamó prueba a una sola observación. Volvió al amanecer siguiente y al otro. Comparó dibujos antiguos, la dirección del viento y la sombra de las aves. Tres grupos distintos utilizaron la misma abertura. En la colina opuesta, un pastor aseguró haber visto la bandada salir por otra ventana del firmamento, sobre el bosque lejano. Nara apuntó su testimonio como tal, sin convertirlo en certeza.

El concejo no quiso esperar más. Organizó una visita al tejado donde estaba el último desgarro grande. El alcalde llevó el dibujo de un cielo perfecto y una bolsa con el resto del pago. Desde abajo subían voces: algunas personas temían aquella luz desconocida; otras habían empezado a dejar objetos bajo ella para ver cómo cambiaban de color.

—Hay animales que atraviesan esa abertura —explicó Nara ante los concejales—. Si se cierra, quizá les cortemos una ruta. Necesitamos observar antes de decidir.

—Necesitamos un cielo sin agujeros —replicó el alcalde—. Lo contratamos así.

Ada miró el borde de la rotura. Cada noche crecía un poco. No podía dejar que se extendiera hasta partir el techo sobre el mercado. Pero coserlo por completo exigiría otra estrella, otra luz que alguien pudiera necesitar, y tal vez acabaría con el paso de las aves.

Preguntó cuánto le pagarían si reforzaba el borde y dejaba una abertura segura. El alcalde negó con la cabeza. El contrato decía cielo intacto. No había casilla para un remiendo que reconociera la existencia del agujero.

Nara le mostró una pluma gris recogida en el tejado. No demostraba por sí sola adónde iban las aves, pero recordaba lo que ambas habían visto.

Ada subió a una escalera. En lugar de llevar la aguja de un lado al otro del desgarro, siguió su contorno con puntadas pequeñas, ancladas solamente a la tela del cielo que lo rodeaba. Era un trabajo distinto: no cerraba ni reclamaba una estrella para el remate. Doblando el borde sobre sí mismo formó un aro resistente, como el ojete de una lona por donde pasa una cuerda. El hilo se agotó sin buscar luz alguna. La abertura quedó estrecha, protegida y visible.

Abajo se levantó un murmullo. El cielo ya no amenazaba con rasgarse más, pero nadie podía llamarlo liso.

—No has terminado —dijo el alcalde.

—He terminado lo que puedo hacer sin quitarle a otros su camino.

El concejo rechazó pagar la segunda parte. Ada tuvo que vender una máquina de coser para cubrir la deuda del taller. Durante un tiempo reparó sillas, sacos y toldos de quienes aún se atrevían a confiarle una costura. El cielo de Lumbre conservó una sola abertura grande. Cada estación, Nara regresaba para observar qué aves pasaban por ella y corregir los mapas que había trazado.

La ausencia de las dos estrellas no se reparó nunca. El barquero aprendió a reconocer la entrada del puerto por la línea de faroles en el muelle; la mujer del mercado encontró otro camino a casa de su hermana. Ada no se convenció de que aquellas sustituciones justificaran su decisión anterior. Solo podían aliviarla un poco.

Un día, el barquero le llevó una lona vieja y le pidió que bordara en ella tres marcas visibles de noche. Quería colocarla junto al embarcadero para orientar a quienes llegaban desde el río. Ada cosió los puntos con hilo blanco y añadió una línea que señalaba el giro final. Luego preparó otros signos para la cuesta del mercado, para el sendero que llevaba al pozo y para el cruce donde los viajeros solían equivocarse.

La ciudad empezó a llenarse de pequeñas constelaciones terrestres. No tenían nombres grandiosos: eran puntadas claras en la tela de un toldo, círculos de cuerda junto a un camino, marcas que una mano podía tocar si la noche estaba muy oscura. Nada sustituía por completo a las luces perdidas, pero la orientación ya no dependía de un cielo perfecto.

Al comenzar el invierno, Ada subió con Nara al tejado del mercado. Vieron a la primera bandada de la temporada avanzar hacia la abertura protegida. Las aves encontraron el paso sin detenerse. Por un instante, el borde cosido brilló con la claridad del otro lado.

—¿No quisieras que hubiera quedado como antes? —preguntó Nara.

Ada pensó en las estrellas ausentes, en las monedas que no había recibido y en los caminos que ahora nacían a la altura de los ojos.

—Sí —dijo—. Pero ya no puedo fingir que sé cuál era el cielo correcto para todos.

Se quedaron allí hasta que pasó la última ave. Luego bajaron por la escalera y siguieron la línea de pequeñas puntadas blancas que conducía al taller.